

INTRODUCCIÓN

Vivimos días durísimos. La brecha entre ricos y pobres en el globo ha crecido y sigue creciendo vertiginosamente. Millones de personas viven con hambre, tienen niños y niñas que mueren de hambre o, si sobreviven, lo hacen con vidas apocadas por las deficiencias cerebrales producto de la desnutrición. Y esto, en un mundo que tiene la capacidad técnica necesaria para alimentar a toda su población.

Nuestro mundo está plagado por el SIDA, una deficiencia del sistema inmunológico que tiene en la mayoría de los casos, desenlace fatal. En países del Africa donde las tasas de infección llegan al 50%, el promedio de vida está descendiendo y ronda los cuarenta años en países como Zimbabwe. Hay medicinas que pueden controlar el SIDA pero están protegidas por patentes para garantizar las ganancias de las compañías farmacéuticas y no se hallan al alcance de la mayoría de las víctimas.

De todos es conocida la destrucción del ambiente que sostiene la vida en nuestro planeta. La capa de ozono que protege contra los rayos ultravioletas tiene grandes agujeros y el efecto es un aumento irreversible de la temperatura media del globo que lleva al derretimiento de las capas de hielo y a la elevación del nivel de los mares. Se talan los bosques para pastar animales y baja la producción del oxígeno que requieren los animales vivientes, incluidos, por supuesto, los humanos. Cuando se dan lluvias torrenciales, la deforestación produce en todas partes daños mayores que antes: oímos de deslaves que sepultan pueblos enteros cuando la lluvia empapa cerros que fueron desprovistos de su protección arbórea.

No hace falta seguir. Todos conocemos la gravedad de la crisis. Se añade a dicha crisis y a su conocimiento general, un sentimiento

de desesperanza. Nos dicen los expertos que no hay alternativa al sistema de Mercado Global que produce estos desastres y que impide la planificación social que podría luchar por revertirlos. La caída del socialismo que pretendió garantizar la vida para todos, parecería ser la demostración de la tesis de que no hay alternativa al capitalismo global. Los que contribuimos con nuestros artículos a la publicación de este libro estamos convencidos de que siempre hay alternativas y de que ante una situación intolerable estas alternativas tienen que explorarse. Pero, se nos pregunta, ¿cuál es la propuesta viable que ustedes pueden sugerir?

Lo primero ante esta demanda es dejar en claro que no hay un plan cuya aplicación pueda resolver los problemas del globo. Los seis autores de este libro, junto con muchos pensadores más, estamos convencidos de que las respuestas tendrán que ir dándose en el camino, y tendrán que encontrarlas los pueblos afectados. El socialismo no se equivocó en su visión de una sociedad donde se garantizara lo necesario para la vida de todos. Su error fue pensar que el problema era técnico y que esta igualdad podía imponerse mecánicamente. El capitalismo no se equivoca al creer que el mercado es necesario para una distribución de bienes según las demandas de la población. Su error radica en no haber reconocido la necesidad de tener controles sobre el mercado, a fin de permitir que los pueblos tomen las medidas necesarias para proteger el medio ambiente y para garantizar la vida, material, cultural y espiritual, para todos. Como dicen los zapatistas, un mundo donde quepan todos y todas.

Lectora, lector, no espere encontrar recetas en este libro. Creemos, sin embargo, poder ofrecer análisis válidos de la crisis del capitalismo actual, y procurarles ánimo para la resistencia contra los frutos inhumanos que produce, y también para las luchas múltiples a largo plazo que se requerirán, a fin de construyendo y defendiendo un mundo *otro*. Estamos convencidos de que ese mundo *otro* es posible, si las víctimas excluidas de este mundo cobran conciencia de su exclusión y organizan frentes de resistencia y producción de alternativas. Ofrecemos en este libro algo de varias cosas: análisis de la crisis, examen de nuestros recursos culturales y espirituales para afrontarla y caminos para las luchas que tenemos

que librar si queremos ese mundo distinto. Esperamos que las lectoras y los lectores no sólo disfruten de esta lectura —lo cual deseamos ardientemente— sino que también se sientan animados a salir a organizar sus comunidades para hacer sentir en ellas su voluntad de cambio. ¡Que Dios les bendiga!

Franz J. Hinkelammert